



De algunas corrupciones de la lengua y las palabras

Karl Krispin

Departamento de Humanidades.
Centro de Estudios Latinoamericanos
Arturo Usler Pietri (CELAUP).
Universidad Metropolitana

Nuestra lengua está formada por una serie de referentes que como diría el lingüista Ferdinand de Saussure constituyen un doble aspecto, significante y significado. Significante sería la palabra en sí, lo que nombra con su sonido y estructura, morfemas y fonemas, a un concepto asociado a ese significante. De modo que la voz casa, no es sólo el significante casa sino la referencia por todos aceptada de que es el lugar que habitamos, el hogar.

La lengua es el resultado de un largo proceso en que el ser racional ha decidido asignarle un valor a esos sonidos estructurados que se han convertido en palabras finalmente con un significado, unánimemente aceptado por sus usuarios. Desde Platón, en su famoso diálogo el *Cratilo*, hasta Ludwig Wittgenstein, nos hemos cuestionado acerca del origen del lenguaje, de cómo un conjunto de sonidos se asemeja a un concepto y del modo en que una comunidad lingüística los reconoce como tales.

Para que exista un consenso en el reconocimiento de estos símbolos o estructuras lingüísticas, la comunidad de hablantes, identificada en una lengua en particular, tiene que establecer unas reglas mínimas que aseguren que todos puedan identificarse y comunicarse con apego a una mínima distorsión. La lengua podría asemejarse a un organismo vivo y activo a lo largo del tiempo que tienen sus cambios, su evolución, algunos pensarán que hasta su corrupción. En rigor, desde los albores de la civilización

occidental, al menos en el mundo que se origina en Grecia y luego Roma con su lengua imperial, el latín, continuamos hablando la misma lengua, una suerte de latín evolucionado.

En el siglo octavo de la cristiandad, los lingüistas y en particular Walter von Wartburg afirman que se produjo la fragmentación lingüística de la Romanía, por la cual al lado de la lengua oficial, el latín, comenzó a corromperse para dar origen a las lenguas romances. No en balde los historiadores coinciden en que se trató del siglo más oscuro de esa larga noche llamada la Edad Media. En ese mismo siglo se producen feroces luchas políticas: los árabes invaden España, hay conflictos entre los visigodos. Finalmente la entronización de Carlomagno, logra cierta estabilidad y unidad para Occidente en su lucha contra el Islam. Se impuso lo que se conoció como el Renacimiento Carolingio.

Los misioneros anglosajones, entre ellos San Bonifacio, se entregaron a la evangelización de Germania. Las invasiones bárbaras de los siglos V y VI habían traído consigo toda suerte de saqueos y destrucción de bibliotecas. En el mismo tiempo, cuando la lengua daba a luz a sus hijos romances, y la civilización parecía encomendarse a los dictados de la barbarie, en una lejana y recoleta isla, Irlanda, unos disciplinados monjes se encargaban de que no todo se perdiera, dedicándose a preservar los grandes textos de la antigüedad greco-latina. Gracias a la devoción de aque-

llos religiosos que no sucumbieron a los iconoclastas de nuestra cultura, pudieron legarse a la posteridad los textos de Aristóteles, Platón, Homero o el poeta Virgilio. De modo que a la par que se destruía, alguien minuciosamente conservaba. Siempre ha habido luces en medio de la oscuridad.

El origen de las lenguas romances

Era lógico que aparecieran las lenguas romances si se quiere por la persecución al latín y a sus monumentos escriturales. Era la lucha para vencer política y culturalmente. Los vencedores imponen su idioma, más aún tratándose de los bárbaros que siempre han querido imponer su propio idioma. Aunque con el transcurrir del tiempo, siempre se hace presente aquella frase de Winston Churchill por la cual “los revolucionarios de hoy son los conservadores de mañana”. Aquellos bárbaros de entonces se convirtieron en la civilización de nuestros días y también gestan sus propios desencuentros con los nuevos bárbaros de nuestros tiempos. Téngase en cuenta que la mejor definición para bárbaro, más allá de las particularidades históricas, sería el de aquel grupo cultural, normalmente extranjero, que afirma su visión del mundo arrasando con la cultura del vencido.

Hago estas disquisiciones para mostrar el peligro que corre muchas veces un idioma, una lengua, como representación de una cultura cuando es amenazada por estos *tsunamis* culturales que de vez en cuando se aparecen ante las puertas de la historia. El latín se corrompió, pero no desapareció del todo. Quedó como la lengua culta, la referencial, la de las universidades y las facultades de todo pelaje. Aún hoy en día, para muestra de que no es del todo una lengua muerta, cada vez que surge una invención nueva o alguna reciente forma de vida que se establece en nuestras existencias, se suele recurrir al latín o al griego para bautizarlas.

Las lenguas romances crecieron, evolucionaron. Las raíces de los términos del castellano se formaron a partir de la evolución desinencial del acusativo latino. La lengua castellana se expandió, cruzó fronteras y se domicilió por este ancho y poco ajeno mun-

do. Nuestro querido castellano hizo las Américas y se enriqueció cruzando el charco. Hoy es la bandera cultural de unas 400 millones de personas y más allá de los apocalípticos que presagian la imposición del *spanGLISH*, una nueva forma de corrupción o de maridaje lingüístico, el español es una de las formas de afirmar una especificidad cultural. Decía un embajador de México en los Estados Unidos, con referencia a los territorios arrebatados a ese país por los EE.UU que era una pena toda esa historia de expolios pero que estaba seguro que en el siglo XXI los devolverían nuevamente, eso sí “con las calles pavimentadas”. Se refería, huelga decir, al imparable influjo de la cultura hispana en el país del norte.

Luego de la independencia de los territorios de la Corona Española en América y patrocinado por el aparente parricidio cultural a España que promovieron los criollos, quizás se habría pensado que emergerían diferentes castellanos en América. No sucedió así y me atrevo a sugerir que el inmenso aporte de la literatura hispanoamericana en el Nuevo Continente reforzó los cimientos para que nos siguiéramos identificando con la misma lengua. Ni siquiera en Paraguay, donde conviven el guaraní y el castellano, ha logrado transmutarse la lengua. Obviamente existen particularidades pero los americanismos han servido para enriquecer el idioma antes que para segregarlo. Los argentinos llegaron a pensar que existía “el idioma de los argentinos”, con esa curiosa gesta que es el lunfardo pero tampoco se pudo arrinconar al castellano. La lengua sigue hoy en día su crecimiento y para su mantenimiento, las telecomunicaciones, la televisión global y la Internet han profundizado su conservación.

Las agresiones al idioma

Existe sin embargo, en mí entender, un peligro para nuestro idioma que no es otro que el resultante de la falta de educación, del analfabetismo funcional y del lugar que está ocupando la vulgarización creciente en nuestra forma de comunicarnos. Permítanme ser más claro: la presencia de groserías y muletillas atenta en primer lugar contra la comunicación

cierta y corrompe nuestra vocación de entendimiento. Hay cierto barbarismo que no es otro que el de la incultura, la precariedad del lenguaje y la mediocridad comunicativa que nos viene esta vez desde dentro. Es el fenómeno del irrespeto rampante y así como los bárbaros destruían bibliotecas y quemaban manuscritos en los siglos medievales que hemos examinado, los bárbaros de nuestros días, que usan celulares y navegan por la Internet, a su vez disparan groserías a diestra y siniestra y someten el idioma castellano a una pira funeraria en la que deponen su riqueza por unos contados y soeces términos.

No quiero que se me tome como un mojigato ni un conservador. Un buen taco, dicho en su momento adecuado, expresa como nada una situación extraordinaria. Pero cuando se hace descansar el idioma exclusivamente sobre la base de las palabrotas, se pierde entendimiento y cercanía además de que se secuestra el idioma, se crea un idiolecto particular en el que sólo la mala palabra impera. Cuando sólo las malas palabras capitanean el proceso del habla se ofrece estrictamente, el desecho. A veces recibimos basura pero en el momento en que se hace reiterado, naufragamos en nuestra relación con el otro. Estimo que hay que dar campanadas de alerta porque esta vulgarización del idioma castellano, por lo menos en nuestro país, expone nuestra vinculación lingüística a tal descrédito que nos hace rehenes de la sinpalabra, que es la nada que se esconde tras estas muletillas.

Quiero utilizar un supuesto hecho de la historia para hacerme entender. No sé si realmente ocurrió pero como dicen los italianos: *si non e vero, e ben trovato*. Y es suiza la situación y a los suizos les gusta mucho esta anécdota: durante la Segunda Guerra Mundial en la frontera suizo-alemana, los guardias germanos tiraron del lado helvético la basura del puesto. Al día siguiente los mismos ensuciadores encontraron de su lado una cesta con toda la variedad de los productos locales de sus vecinos: vinos, quesos, chocolates, mazapanes y también una tarjeta finamente manuscrita con la siguiente inscripción: "Todo el mundo da de lo que tiene". Que

quede claro: lo que ofrecemos es lo que tenemos y en nuestro lenguaje esto se expresa de una forma vívida y patente.

El abusivo desarrollo en los últimos años en nuestro país de toda suerte de groserías y vulgaridades, generan que éstas ocupen un lugar cimero en la legitimación del habla común. Es cotidiano estar en una cola, en un restaurante, en una fiesta, en la universidad y escuchar cómo la gente al parecer sólo tiene una palabra soez para ofrecerse. El fenómeno no distingue divisiones de clase y se expande por toda la pirámide social sin el más mínimo pudor por el interlocutor. Es una costumbre que amenaza con volverse sistemática y hasta normal en la fórmula de entendimiento gregario. Recurren a las palabrotas el gerente en una reunión, los usuarios del transporte público o los jóvenes y adultos en su trato habitual. Por ejemplo, las jovencitas se tratan de lesbianas en su acepción escatológica para nombrarse y los jóvenes de homosexuales. Vale decir que los apelativos "chica" "amiga" o "chama" vienen a sustituirse por esa procaz referencia de reconocimiento. ¿Qué clase de sociedad estamos construyendo con estos desentendimientos?

Insisto, no me mueven a teclear estas palabras la conseja moralista o la aspiración santurrón de que el lenguaje esté informado de una censura. Ni que todos seamos unos virtuosos profesionales. Todo lo contrario: el famoso "taco", como lo expresé anteriormente, puede servir hasta de válvula de escape para ironizar los propios contenidos de la lengua. Pero siempre como un hecho de excepción. El problema es cuando se convierte en la regla. Tengo la impresión de que este tratamiento está logrando una profunda incomunicación por este significado vacío del proceso que se adelanta en el lenguaje para relacionar a los hablantes. Por otra parte cuando se recurre a las groserías como estructura de sociabilidad, se está apelando a lo más bajo y oscuro del idioma para definir una visión del mundo. Los vulgares habituales desconocen que al mal hablar ofenden a sus escuchas y otorgan lo peor de su tabla de valores con la utilización de este exabrupto.

Los niños hablan mal porque escuchan a sus padres en las mismas y se produce el proceso de imitación y banalización de la vulgaridad. Los ciudadanos que deberían tener en sus dirigentes un modelo a imitar están vapuleados por el ultraje permanente a la lengua de parte de quienes tendrían que fomentar roles a seguir. Baste decir en este respecto que en el Aló Presidente la Ley Resorte es letra muerta y el idioma del Presidente dirigiéndose al país puede considerarse el ejercicio idiomático más lamentable de toda nuestra historia republicana.

Un país que se expresa con precariedad tiende a perder la posibilidad de un adecuado reconocimiento. Caeremos en la sinpalabra, en la nada. Nuestro lenguaje condiciona la visión de una cultura como lo expresaba Ludwig Wittgenstein. El maestro Wittgenstein tiene una frase en el *Tractatus* que debería ser amonedada por todos en nuestros pagos al prójimo: "El límite de mi mundo es el límite de mis palabras". La gestación de dificultades comunicativas obedece a problemas lingüísticos mal planteados también escribía este filósofo del lenguaje. El castellano posee tal holgura de vocabulario que es realmente una pena lo indiferentes que venimos siendo al poner a un lado estas ricas expresiones para revolcarnos en un festival del detritus que parece ser lo único que nos identifica como emisores de la preciosa lengua desdeñada. Hasta aquel respetuoso convencionalismo que pedía no decir groserías delante de una mujer es hoy en día una humorada porque las féminas han sabido igualarse categóricamente en esto del mal hablar. La liberación también ha venido por la boca. ¿Será que se han desprestigiado tanto la cortesía y el respeto?

La alienación lingüística

Otro elemento perjudicial en el proceso de corrupción de las palabras viene dado por la asunción de significados erróneos y erráticos de los conceptos. Esto es un peligro que entraña la politización del lenguaje como construcción de nuevas estructuras semióticas que en nada guardan relación con los significados originales de los términos. Los ejemplos sobran y sobran en la Venezuela actual, polarizada y

dividida. Cuando un sector de la población hace suyo términos como escuálido, oligarcas, contrarrevolucionario, soberano, cuarta república y tantos otros infelices retorcimientos y los incorpora a su lenguaje cotidiano confirma una profunda e inaceptable alienación lingüística y política, sin mencionar el hecho de que le hace el juego a la agenda de exclusión nominal y antidemocrática.

Cuando ofrecemos las groserías como vehículo de acercamiento al prójimo, estamos recurriendo a lo peor del lenguaje, a su forma más corrupta de definición del entorno. Sin hablar de que al realizar esta oferta, rebajamos la categoría de nuestro interlocutor al proponerle la basura del sótano de las palabras. Me he planteado muchas veces que existe la necesidad imperiosa en nuestro país de una campaña masiva educativa que reivindique el tema del buen hablar, de las bondades del respeto lingüístico y de alcanzar la plenitud del proceso comunicativo y de entendimiento. Esa campaña debe ser tarea de las universidades, de los colegios, de los profesores, de la empresa, de la familia.

Quien asoma estas ideas no es más que un escritor que ama su lengua y que quiere seguir habiendo en ella en medio de sus bondades y esplendores. Si queremos que nuestra lengua castellana no se desbarranque por el precipicio de la miseria, debemos apostar por la forma respetuosa y cordial que ella nos ofrece, en la que abunda un mundo tan pródigo como inimaginado. Aparte del hecho de que con ello, contribuiremos a un mundo y a una sociedad de menores exclusiones.